

Hace 184 años, el filósofo político francés Alexis de Tocqueville previó que los Estados Unidos y Rusia estarían destinados a dominar, en su conjunto, los destinos del mundo.

La profecía podía estar escandalosa en 1830, cuando Tocqueville publicó su *Democracia en América*. La ilustración decimonónica identificó a la burguesía europea con la naturaleza y la nobleza rusa, la revolución francesa la sirvió sus armas políticas y la revolución industrial sus armas económicas. La gran revolución burguesa aprendió a defenderse de sus enemigos monárquicos con espectros populares en Váster y de sus enemigos populares con reprensiones políticas en Manchester. Si el espíritu a una parte de la humanidad la nueva clase parecía perder sus derechos a la universalidad, pronto habría de encontrar una segunda legitimación contra la particularidad que la sostenía en su nacimiento.

Tocqueville miró más allá del sufragismo decimonónico para decir que mientras todas las otras naciones parecían haber alcanzado sus límites naturales y sólo las correspondía mantenerlos, Rusia y los Estados Unidos aún poseían la capacidad de crecer. "Todos los demás se han detenido, o continúan avanzando con extrema dificultad, sólo Rusia y los Estados Unidos progresan con facilidad y rapidez a lo largo de un camino que ningún otro puede seguir por sí mismo".

La profecía de Tocqueville se postuló en una condición: la de su el progreso. Rusia y los Estados Unidos, entre otras cosas, podían encontrarse dentro de sus propias fronteras, cosa que les era vedada a las viejas naciones más o menos contadas dentro de las demarcaciones que se aseguraban, históricamente, Isabel I, Luis XIV y Felipe V. Europa sólo podía extenderse mediante el colonialismo; en cambio, Rusia y los Estados Unidos representaban la coherencia del estado continental, etapa superior del estado nacional, la "república bien ordenada" de Jean Bodin. En esta república ideal del pensamiento renacentista, la virtud política consistía en sustraer artificialmente los beneficios pluriestatales del constitucionalismo y los beneficios unitarios de la centralización.

Si Colbert, Pitt y sus Floridales podían intentar esta conjugación dentro de un espacio o escala política moderna, el problema, para Andrew Jackson, era el zar. Cuidado! Como para sus sucesores a orillas del Potomac o del Moskva, creía tanto como el vasto espacio por dominar. Del Atlántico al Pacífico para los descendientes de la primera potencia del Báltico y el Pacífico, para los herederos de la "Tercera Roma" bizantina, Tocqueville supo entender que este progreso en la humanidad territorial implicaba a ambas potencias una armonía oculta entre los extremos políticos de la "república bien ordenada".

Siglo y Medio Después

Tocqueville para los Ochenta

Por Carlos Fuentes, especial para "El Mercurio"

En los Estados Unidos, es raro el autor de *La democracia en América*, se han leído en el interior personal. El americano dice: "Libre como a la fuerza autónoma y amado como el pueblo". El ruso, en cambio, "confirma toda autoridad social en un solo brazo". Los Estados Unidos dominaron su espacio mediante el constitucionalismo pluralista. Rusia el suyo mediante la unidad imperante desde el zarato.

No podía escapar a la sensibilidad y gusto por la ilustración de alguien como Tocqueville, en año antes del incidente del Alamo, que "los habitantes de los Estados Unidos están enojados perpetuamente a Texas, donde algunos tienen y aunque se apuran a los bríos del país, poco a poco están fundando el imperio de sus propias costumbres y de su propia lengua". La provincia de Texas, añade Tocqueville, sólo era parte del dominio ruso-casiano, pero pronto dejará de serlo.

En 1848, los Estados Unidos consumaron su "destino manifiesto". Llegó al Pacífico, consolidó su espacio continental. En cambio, Rusia, palio históricamente indebidamente que invadir, como lo recorda oportunamente Tsyndev, hubo de esperar hasta la victoria de sus aliados en la segunda guerra mundial para definir fronteras que, solamente en nuestro siglo, le han sido disputadas por el imperialismo japonés, los aliados circulares de Karsky, la Alemania nazi y la República Popular China.

¿Pueden Rusia y los Estados Unidos seguir creciendo? En el espacio, una extensión mayor parece excluida. Los Faros Chinos, culturalmente, le superan antes que Rusia. California, el principio de la zona continental, se convirtió en el "Nuevo México", no por la raza, como en la visión mexicana de López Velarde, sino por su propia emigración de la década sin prolongación posible. A los Estados Unidos les queda vivir en la orientación del futuro, y California significa algo intangible: que el futuro sea presente, que el futuro exista ocurriendo, que el lugar del futuro sea ahora (en tiempo y no más allá del espacio).

No en balde California es la tierra donde de Walt Disney, Raymond Chandler, la Familia Addams y la Familia Maltese, Patty Hearst, la Sociedad John Birch y el oculto del Paraguido Joe Jones, director anticomunista por Richard Flannery, se ha hallado novela "Vagabundo" en San Francisco, The Open Circle, publicada en 1927.

Los Estados Unidos buscaron su prolongación fuera de la ciudadanía continental con una mezcla de castigo, explotación y buena conciencia porfiriana. Para los barones de Huntington y Fitzgerald siempre había un El Dorado más allá, en los campos de batalla del Pío y el Libro en los salidos que parten de Nizhny, en las parcelas que parten de Cas d'Antibes. Los soldados de Wilson y Roosevelt salían a salvar el mundo para la democracia. Los señores de la guerra y los señores de la industria saben que ya no cumpliré ninguna buena acción colectiva: la moral histórica de los Estados Unidos se convierte en la culpa histórica de Vietnam.

Sin embargo, a través de todas estas vicisitudes, los Estados Unidos han sido fundamentalmente fieles a su espíritu democrático interno. En veinte años, pero a pesar, los actos concretos y los condescendimientos apocalípticos, la población negra ha sabido vivir sus derechos. Ha elegido, los imperadores dionisios, Rusia, Inglaterra, los Faros Unidos, son los que saben mantener un alto nivel de libertad interna, un imperativismo pasante —los doce años del Reich nazi—, las dos décadas apenas reñadas del régimen de Moscú— demuestran lo contrario.

El espacio ruso es otro cosa. Si la tierra americana se perdiera de un golpe de oportunidad y rigidez, la tierra rusa lo es de una salvación. Tierra sagrada, críptica, redentora, el pasado es el aislamiento individual, las reuniones encerradas donde ocurren los crímenes de Rasolnikov y Verhovsky; la virtud es la tierra, el espacio sagrado al cual el pensador individual se resigna para encontrar, en la inmersión colectiva, la salud. Rusia no tiene California: tiene Siberia, y a ella parten a redi-

mir sus ojos los grandes criminales de Dostoyevsky y Tolstói. Esta tierra es sagrada porque es la sede de la unidad del mundo, unidad espiritual, más que material. El matrimonio de la última baronesa de Bismarck, Zof Felsing, con el Zar Luis III, traslado a Moscú la herencia política y espiritual de Rusia y Constantinopla; el apogeo de la "Tercera Roma", la patria definitiva del hombre espiritual.

Lenin y Stalin acumulaban esta herencia del alma eterna y jugaron así el rollo de un imperativismo duro que aprisa una tiranía interna pero también una tiranía universal: la Tercera Roma sería la patria final del socialismo en cuanto obra universal de la fraternidad. La Rusia soviética se convirtió pronto en un espacio, que vacía las más antiguas reacciones de desconfianza del mar patito: los líderes soviéticos del pasado son resucitados y se llaman Stenka, defensor de la nueva tierra contra la tiranía de los tsaristas, y León IV el Terrible, constructor de la unidad en forma a Moscú.

La unidad de la tierra rusa requiere, ahora como antes, la supresión del pluralismo, en aras de una idea única, central, mística, en la que pueden participar todos los rusos, el, pero también todos los hombres. Que, en el momento, esa idea haya concurrido la de John Reed y André Gide, Roman Rolland y W.H. Auden, Pablo Neruda y Paul Eluard, es prueba suficiente de su atractivo. El desagravio hacia Lenin y Stalin integraba una fe secular a una herencia ortodoxa: inversión de los siglos durante los siglos de ortodoxia aliada al catolicismo, sólo hubiera permanecido idéntica a sí misma.

Cuanto más tarde y más años después de la profecía de Tocqueville y él después de la revolución de octubre y de la elevación de los Estados Unidos a rango de potencia mundial, los dos primeros estados continentales de la modernidad muestran signos de crisis y tensión.

Los observadores críticos de la escena norteamericana y soviética, llamados a definir el nombre de las tensiones básicas de ambas naciones, se llaman "burocracia" en el caso de Rusia y "burocratismo" en el caso de Rusia.

La profecía de Tocqueville tornaría, así, un año más tarde, ¿Podría la virtud de la sociedad norteamericana, su pluralismo, convertirse en su enemigo y provocar una reacción autoritaria? Y a la inversa, ¿podría un socialismo tradicionalista y religioso obligar a Rusia a admitir opciones de libertad mayores dentro del sistema comunista: un burocratismo tardío frente a un edonismo primitivo reaccionario?

Siglo y medio después. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Siglo y medio después. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

El Mercurio, Sigo, 28-10-1979 P 1.

